



**YO
ESTOY
DENTRO**



**DARÍO
FERNÁNDEZ
FLÓREZ**

El protagonista de *Yo estoy dentro* tiene algo en su carácter, o quizá también en su pasado, que le impulsa a la huida. Desde Madrid emprende un viaje que acaba en la costa granadina, tras unas breves estancias en la Mancha y en la Alpujarra. Es un tipo oscuro, sin oficio conocido pero con la cartera llena. Tiene labia, y sabe atraerse a las mujeres; a lo mejor él se cree un poco Tenorio, pero no deja de ser un gañán resabiado con ínfulas de señorito.

El individuo este, que narra sus andanzas en primera persona, aprovecha para encadenar sin piedad tópicos y muletillas sobre el paisaje y el paisanaje andaluz, y unas reflexiones sociopolíticas que, de puro rancias, hacen hasta gracia. Al final, lógicamente, acaba enamorándose, etc.

Los novelistas, ya se sabe, recibimos algunas confidencias. Pertenecen, casi siempre, a esas personas que consideran su vida novelable, por estimarla más interesante, más original que la de los otros.

Ignoro las razones que impulsaron al autor anónimo del relato que sigue a enviarme su manuscrito. No se me antoja hombre vanidoso y no me parece justo cargar a la cuenta de su vanidad este envío. Quizá le movieron otros impulsos, otros afectos más oscuros, más profundos. El hecho es que me lo mandó.

Desconfío de estos envíos y confieso que comencé a hojear el manuscrito con recelosa displicencia. Mas, después de leer algunas páginas, me sentí interesado y me hundí en su texto hasta alcanzar su fin.

Lo he guardado dos años y, últimamente, he decidido publicarlo. Con esta nota previa que advierte, en cierto modo, su extravagante condición.

Las páginas que siguen constituyen, sin duda, una novela. Una novela acaso sorprendente para algunos lectores, porque abandona las cómodas y ya agotadas rutas del frío objetivismo novelístico para adentrarse ambiciosamente por la calurosa selva de la condición humana, mediante calas íntimas y subjetivas.

Esto, no se me oculta, significa nadar contra corriente en el río revuelto de nuestra actual novela. Ya que, por esas tierras, nadie parece atreverse a romper los rígidos tabúes de la novela tradicional decimonónica, naturalista y realista a ultranza, expuesta mediante una pretenciosa impersonalidad.

En el relato que publico, su autor intenta, por el contrario, comunicar su personalidad a través de su propio mundo. Y quiere hacerlo apoyándose en la realidad tan sólo con un pie, como aconsejó ya Goethe a todo artista que se estime en algo. Lo cual explica que se encuentren en esta narración algunos elementos ajenos a su estricta sustancia argumental. Sus personajes viven en ella con plenitud y, por tanto, no sólo actúan, sino que también piensan. Piensan sus propios pensamientos y esas ideas ajenas que flotan en el ambiente de la época y que se adhieren pegajosamente a las propias.

Sepa, pues, el lector que, en las páginas que le ofrezco a continuación no encontrará ese realismo fotográfico, esa hibernación de la realidad, conseguida a fuerza de congelado objetivismo, que tanto abunda en las novelas españolas de nuestro tiempo. Su autor parece esforzarse no en presentar tan sólo anecdóticamente, de pasada, a sus personajes —ni en presentarse él de esta manera—, sino en dejarlos —y dejarse— más por entero en ellos, con sus íntimos problemas. Todo bajo el personal acoso de una urgente pasión y de una enigmática circunstancia, que el lector deberá descifrar por cuenta propia, de acuerdo con sus particulares intuiciones.

Quise comunicar mis deseos a quienes podían satisfacerlos. Mas no pude, porque mis deseos estaban dentro de mí y ellos fuera.

SAN AGUSTÍN. *Confesiones*, I, 6.

1

Traté de cerrar la maleta. Resistía. Todo lo que me rodeaba ofrecía una resistencia silenciosa, tenaz, al cumplimiento de mi voluntad. El comprenderlo, el sentir el peso, la solícita opresión de todas estas cosas, impacientó mi rebeldía. Puse una rodilla sobre la maleta, apreté brutalmente y conseguí encajar sus cerraduras. Abandoné el piso con una precipitación muy poco valerosa, huyendo la mirada de todo el rededor. No quería ver el reloj inglés, ni la lámpara de transparente alabastro, ni el cuadro de Esquivel, ni el piano, ni los libros; sobre todo, no quería ver los libros. Pero, naturalmente, los vi, sin mirarlos, y sentí fruncir mi entrecejo, encolerizado por aquella terca resistencia.

Abajo, junto al portal de la casa, estaba el coche. Parado, lívido, a la luz fluorescente de los focos de la calle madrileña. Su quietud de máquina parada producía una paradójica sensación de velocidad. De una velocidad «en potencia», que dirían los filósofos. ¡Los filósofos! ¿Qué saben de la vida los filósofos? ¿Qué sabemos todos de este vivir que nos trajina y zarandea, qué?

Un taxi me llevó a la estación del Mediodía. Rechacé a un mozo, entré en los andenes y me entretuve por allí una media hora. ¡Hay que ver cómo excitan los viajes a la gente! ¡Qué revuelo, qué agitación sudorosa! Indudablemente, la ruptura de unos hábitos ordenados y monótonos provoca en muchas personas la precipitada irrupción de hondas emociones, de aletargadas esperanzas. Un ennegrecido andén, una humeante máquina, unos vagones iluminados y abiertos bastan para que ciertas gentes se sientan estremecidas por el soplo ardoroso de la aventura.

Después de observar un momento aquel agitado y oscuro hormiguero, lo abandoné por la otra puerta, subí a un

nuevo taxi y me hice conducir a la estación del Norte. Repetí la faena y, al cabo, me encontré rodando en otro coche hacia la plaza de Tirso de Molina, antes llamada del Progreso, no se sabe por qué, pues, en verdad, no es lugar que haya progresado mucho.

Había caído un brusco chaparrón y la calle brillaba con ese brillo oscuro, premonitorio y siniestro que deja la lluvia sobre el asfalto. La gente, ahuyentada, había abandonado momentáneamente la calle, quieta, fresca, silenciosa.

Al cruzar ante una casa, las luces del taxi iluminaron fugazmente el largo cartel blanco, sujeto a unos balcones de la oscura y adormecida fachada: «Consultorio del doctor Sierra. Venéreo, piel, fimosis.» ¡Cosas del barrio!

Bajo la lluvia, con sus árboles estremecidos por el fresco riego, la plaza aparecía enmustiada, tristonera. Porque la noche de Madrid sabe también entristecerse, y con una tristeza exagerada, como todas sus expresiones urbanas.

—Espere —le ordené al chófer, cuando paramos ante la entrada de una sala de fiestas.

—No puede ser. Me toca ya el relevo y no voy a esperar aquí a que usted se divierta.

Lo miré desde fuera del coche. El chófer era un tipo gordo, con ásperos bigotes, que se agitaba pesadamente, erizado por un rabioso resentimiento. Lo miré y al hombre no debió de gustarle mi mirada, porque se aquietó al momento.

—Si no tardara mucho, quizá pudiera...

—Tardaré lo que me dé la gana.

—Es el relevo, el relevo... Yo no puedo...

Saqué un billete de cien y se lo puse sobre el volante, ante los hoscos bigotes.

—¿Hace?

Lo miró un momento, resoplando un poco. Después, lo cogió torpemente.

—¿Y el contador?

—Aparte.

—¿Va a tardar mucho?

—No creo.

—Aguantaré hasta las dos, sólo hasta las dos. De veras que no puedo esperar más...

—Ahí queda la maleta, ¿eh?

—Sobre ese particular, puede estar tranquilo.

—He tomado el número de la matrícula.

—No hacía falta.

—Probablemente.

Comencé a bajar la escalera que conducía a la sala de fiestas. La verdad, por muchos mármoles, por muchos dorados relucientes y demás virguerías que ofrezcan, estos lugares tienen siempre algo cavernario. De éste surgían, mientras bajaba su honda escalera, unos poderosos trompetazos, que conmovían desagradablemente todo aquel marmóreo subsuelo.

En la sala, grande, exagerada y fría, flotaba una perezosa y cenicienta neblina. Más que un lugar festivo, aquello sugería imágenes clínicas, como si allí estuviesen abriéndole la barriga a alguien, o como si en un rincón del enorme salón un enfermo recién operado rindiera su alma angustiosamente. Porque ni la falsa alegría de los trompetazos, ni el exagerado estruendo de la orquesta lograban cubrir el hondo y desesperado silencio que dominaba el lugar y que aparecía al menor descuido de los músicos, destruyendo en un instante todos sus esfuerzos sonoros. Aquel ruido que lanzaban al aire viciado de la sala desde un pequeño e iluminado escenario.

Di una vuelta por allí, tratando de encontrar lo que buscaba, y, al cabo, tras algunas dudas, le eché el ojo a una chica. Era una falsa rubia, alta, de pechos erectos, exagerados por el sostén, cintura estrecha y cara más bien fea. Bailaba mal, llevaba un vestido negro torpemente cortado, quizá debido a sus propias tijeras, y tenía un aspecto paleta y campesino que la vida de cabaret no había logrado evaporar.

Le hice una seña y, al momento, engalló la rubia cabeza, con un áspero gesto que me gustó, sin dejar de bailar con su compañera, pues no había encontrado masculina pareja. Pero cuando aquel terrible *Cerezo rosa* se acabó y el silencio se adueñó, implacable, de la sala, vino hacia mí con unos andares más bravos que seductores.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Como pasar, no pasa nada. ¿Quieres tomar una copa?

—Bueno.

Nos arrimamos a la barra del bar y, naturalmente, pidió un whisky, para hacer gasto.

—Tú dirás —esperó, concisa.

—Quiero pasar la noche contigo.

—La noche, no. Un rato, si te interesa.

—No, no me interesa. Tiene que ser la noche entera.

—Eso no me gusta, ¿sabes?

Bebió un par de sorbos de su copa y me examinó con recelo. Como buena campesina, era recelosa y la desconfianza brillaba en sus pequeños ojos, de un negro duro y resentido.

—¿De dónde eres? —pregunté, abriendo un deliberado paréntesis.

—¿Y a ti qué te importa?

—Tienes un acento casi, casi andaluz, pero que no llega.

—Soy extremeña.

—¿De Badajoz?

—Por allí anda mi tierra.

—Buena gente, buena.

—¿Tú crees? No tengo nada que agradecerles.

Apoyó la palabra con una ira interna y reconcomida. De cerca, era aún más fea y en su rostro había como una energía brutal, que rebosaba orgullosa aspereza. El rubio chillón de su pelo, recogido sobre la nuca en una crespita de caballo, oscurecía aún más sus cejas, sus rebeldes pestañas y las negras pupilas de sus pequeños ojos. Bajo esta negru-

ra, su boca, de labios gruesos y carnosos, asombrosamente bien dibujados, ofrecía una dentadura fresca y sana.

—Tienes una boca estupenda.

—Eso dicen.

—¡Ah! ¿Lo dicen?

—Hay quien se muere por ella.

Quizá, quizás estuviera en lo cierto. Siempre hay un hombre dispuesto a morir por una mujer, al menos mediante estas muertes simbólicas que alza la pasión. Y aquella boca podría ofrecer, tal vez, una muerte calurosa y violenta.

—¿Qué? ¿No lo crees?

—Sí, sí. ¿Por qué no voy a creerlo?

—No sé... Pareces un poco tonto.

—¿De veras?

—Y más presumido que un marqués.

—Tal vez lo sea.

Me observó un momento, desde el duro fondo de sus ojos negros, con una brusca incertidumbre. Pero su orgullo venció toda prudencia y rió, enseñando sus blancos dientes de animal joven.

—¿Tú? ¡Vamos, hombre! Lo que tú eres es un caradura. Y a mí no me interesa el cuento, chato. Tú a lo tuyo y yo a lo mío, ¿comprendes?

Saqué la cartera y, lentamente, sin prisa, puse un billete verde sobre la mesa.

—¿De acuerdo?

Lo miró con avidez, pero, después, se contuvo. En ella, el orgullo dominaba siempre.

—Según —advirtió sin tocarlo—. Porque no me gustas. Eres un tipo raro.

—Lo siento.

Y, doblando el billete, me disponía a introducirlo de nuevo en mi cartera cuando la mujer me detuvo el gesto con su mano.

—Para, para el carro, hombre. Por lo visto, no tienes ningún interés por mí. Te da igual una mujer que otra, ¿no

es eso?

—Más o menos...

—¡Asqueroso! Podías callártelo.

Volvió a examinarme recelosa, con su orgullo ya herido.

—Está bien. Iremos —aceptó bruscamente—. Tú mandas, muñeco.

Abandonamos el local y, ya en el taxi, pregunté:

—¿Adónde vamos?

—A «Corea».

—¿Qué es eso?

—Donde los americanos.

—No comprendo.

—Ande. Tire usted por la Castellana —le indicó al chófer, que se revolvía, impaciente, sobre su asiento.

Me callé. Pero cuando bajábamos Atocha, continué:

—No quiero ir ahí. Quiero ir a tu casa.

—¿A mi casa? ¡Vamos, hombre! ¿Pero tú qué te has creído?

Saqué de nuevo mi cartera y tomé un nuevo billete, también verde, por más señas.

—A tu casa. Quiero ir a tu casa.

Me observó de nuevo, sorprendida, sin cogerlo.

—Pero, ¡vamos a ver! ¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna. Quiero pasar la noche allí contigo.

—Conmigo y con esa maleta, ¿no? ¿Te crees que me chupo el dedo?

—Voy de viaje, nena.

—¡Menudo viaje debe de ser el tuyo!

Guardé la cartera y conservé el billete en mi mano. Una mano que dejé caer suavemente sobre su muslo, duro y frío.

—¿Qué? ¿No quieres?

—No. Puedes guardarte eso —rechazó ásperamente—. No quiero líos.

—Bueno. Pero dame también el otro. El que te has guardado antes.

—¿Serás cerdo? Tómalo.

Y, sacando el billete de su pequeño bolso, me lo tiró encima con fiereza.

Era brava, la verdad, y me costó tres vueltas a lo largo del Prado el convencerla. Tres vueltas que causaron la desesperación del chófer. Pero, al cabo, cedió, porque empezaba ya a entender su aspereza.

—Te aseguro que no tengo aquello en condiciones.

—No importa.

—Y que...

—No importa, no importa —me impacienté.

Me observó una vez más, pero ahora con una mirada distinta. Con una mirada que había perdido su orgullo, que se había hecho protectora, materna.

—Está bien. No quiero que pienses que no soy capaz de echarle una mano a un hombre en apuros. Porque tú estás en un apuro. A mí no me engañas.

—Quizá.

—Y andas huido, ¿no es eso?

—Sería muy largo de explicar, nena.

—Pues no lo expliques.

Total, que fuimos a su casa. Vivía en una oscura pensión de la calle Jardines, entre dos tascas.

2

La Mancha pasaba ante mis ojos soñolientos sus últimas tierras. Sobre el caserío, ya con blancos andaluces, de Santa Cruz de Mudela flotaba un humo quieto, perezoso. Al fondo, el perfil moreno de la sierra aparecía mordido por el paso. Despeñaperros, atalaya de la frontera.

Sobre el asiento del autobús, mecido por los baches del camino, me entregaba a un dulce duermevela. Este cómodo abandono, al adormecer casi todo mi pensamiento, parecía otorgar una mayor lucidez al pequeño resto que aún pensaba.

La vida se me ofrecía en aquel momento llena de pequeñas, de maravillosas sorpresas. Me resultaba nuevo sentirme dentro de su movimiento, dentro de su acontecer. Actor y no espectador en tan grande espectáculo. Nunca hubiera imaginado que, en la madrugada turbia de la ciudad, ella me devolviera el segundo billete. Estaba fea, francamente fea, pero tuvo un gesto de reina cuando sacó el billete verde, para devolvérmelo.

Abandonaba su pensión en aquel momento y me despedía de ella en el comedor, con la maleta a mi lado. Se cubría con una bata rosácea y yo sabía que el camisón que asomaba sus falsos encajes bajo la bata entreabierta era un camisón resudado. Su pelo, crespo y mal teñido, caía sin gracia sobre sus hombros y su rostro aparecía embrutecido por el sueño. Me miraba y en sus negros ojos ya no había resentimiento, ni orgullo herido, sino un áspero, pero decidido amparo.

Me incliné ligeramente para recoger mi maleta. Y, entonces, ella metió una mano por su escote, buscó bajo el negro sostén y sacó los dos billetes.

—Uno es mío —dijo—. Pero el otro te lo llevas. Estos favores no se pagan.

Lo cogí, naturalmente, y, después, la besé. Sabía a noche, a tabaco frío; pero, entre tantos besos olvidados, éste quizá permanezca más tiempo en mis labios.

A su espalda, sobre un triste aparador, un plato, de una loza brillante y ordinaria, contenía un montón de carne sanguinolenta, cruzada por blanquecinos sebos. Carne barata, para el cocido de la pensión. De aquella pensión llena de sombras, llena de viejas tristezas, que, entre colillas y alcoholes, enterraba, día tras día, las pobres esperanzas de unas mujeres sin fortuna.

El autobús, después de cruzar entre los modestos hotelitos de la Venta de Cárdenas, disminuyó su marcha y entró suavemente en el desfiladero. Despeñaperros, con su romántico paisaje, despabiló un poco mi perezoso abandono.

La carretera se ofrecía impecable y, en los lugares más bellos del paso, el turismo oficial había colocado graciosos miradores e informativos letreros. Todo esto me entristeció, porque siempre entristece vivir a costa del pasado. Sobre el paisaje pesaban peligrosamente los famosos grabados de Gustavo Doré y toda su bandolera leyenda de asaltos, raptos y aventuras. La Historia, al cabo, no es más que un recuerdo y los recuerdos dificultan la aprehensión directa de las cosas. Por eso, me hubiera gustado poder limpiar de todas sus nostalgias a tan precioso paisaje y recibirlo directamente, sin esa maraña de interpretaciones ajenas.

Tal vez la más espontánea de todas ellas, la más humana y, por lo mismo, la más desagradable, fuera la de un osado bodeguero que, en el lugar más armonioso y puro del paso, había alzado una descomunal botella de su marca, rígida y dominante enseña que atraía todas las miradas. Porque, al cabo, esto era un presente, un rotundo y utilitario presente, que humillaba el paisaje y que apuñalaba sus leyendas en el mismísimo corazón.

Dominado el alto de Santa Elena, ya carretera abajo, comenzó a llegarme el olor femenino y tibio de Andalucía. Una ligera brisa jugueteaba en los eucaliptus de La Carolina. Eucaliptus alegres, asombrosamente verdes, sin esa sequedad funeraria que el árbol adquiere en las severas tierras castellanas. Y, ya cruzados los negros humos de los tejares de Bailén, en las cercanías de Jabalquinto, vi los dos cerrillos, esos dos graciosos cabezos que, para mí, son la auténtica puerta de Andalucía. Se encuentran a la izquierda del viajero, camino de Jaén, y muchas gentes pasan sin verlos. Son redondos, graciosos, ofrecen la suavidad de unos pechos aún puros de mujer, y, en los atardeceres, mientras el mochuelo canta en el olivar y los borriquillos enjaezados trotan la carretera, dan ganas de acariciarlos, de pasarles tiernamente la mano. Los acaricia uno con el pensamiento, claro está, cumpliendo este deseo, y ellos se quedan allí, siempre allí, esperando la caricia, con todos sus siglos de gracia y de coquetería andaluzas.

Poco después llegamos a Jaén. A la bronca, áspera y masculina Jaén.